

El lugar de los afectos en la dimensión ética

Gonzalo Andrade Vergara

A riesgo de reducir en extremo el asunto, iniciaré este breve ensayo con aquello que constituye su núcleo: la acción implica una valoración, aún si nos proponemos realizar un retiro de las mismas, inexorablemente valoraremos la acción de uno u otro modo. La pregunta que intentaré rodear es ¿por qué el valorar es irrenunciable a la acción humana, y qué función tiene la ética para la vida anímica de los sujetos? Incorporar una noción sobre el afecto permitirá articular la esfera de lo íntimo con el vínculo al otro, en el contexto de una vida que se construye hacia la muerte.

El ser humano está lanzado a la acción. En tanto ha generado un lenguaje que modaliza la comunicación, su *decir* es un *hacer* en el mundo. La comunicación es el punto de partida de lo humano, y es mediante la acción comunicativa que el sujeto se erige como tal, en un movimiento que desde la entrada es inseparable del otro, de la alteridad. Entonces, ineludiblemente ligado a aquello que lo constituye como humano, está la acción mediante la cual se construye, por lo que el hecho de estar lanzados a la acción en relación a la alteridad, instaura la dimensión ética como una pregunta omnipresente.

La pregunta ética aparece justamente como aquello que prepara la acción, es decir, una dimensión en torno a la cual se erige la pregunta del ¿qué hago? en el transcurrir que implica la vida. Se puede pensar esta dimensión ética constituida por diversas tensiones. La primera de ellas es la tensión entre lo individual, la conciencia única e íntima, y lo social, lo acostumbrado como correcto en el colectivo. La segunda es la tensión entre el campo de lo ideal e inalcanzable como orientador de la acción y lo real, en tanto las acciones humanas pueden propender justamente en esa dirección o en una opuesta al ideal. La tercera tensión es la que se da entre lo espontáneo y lo imperativo, en tanto las acciones pueden propender al bien sin conciencia de ello o como una respuesta a una regla universal a la cual adherimos por el hecho de ser humanos. Todas estas tensiones que dan forma a la dimensión ética como preparación al actuar pueden verse agrupadas en torno a un telón de fondo que en Heidegger toma la forma de la autenticidad, en tanto es un modo de habitar en el mundo en el cual llegar a ser sí mismo es un proyecto en constante realización, y constituye de por sí, el centro de una ética originaria.

Es el llamado a ser sí mismo y las acciones que emprenderá para movilizar ese proyecto en construcción, los cuales sitúan al hombre frente a las tensiones éticas. En tanto pregunta que prepara la acción, la ética aparece con una doble faz. Por un lado, como ética afirmativa, que provee una escala valórica que actuará como parámetros para realizar valoraciones y orientar nuestra existencia. Por otro, como una ética negativa que implica una disposición al retiro de las valoraciones. Entre ambos modos éticos se establece un juego que entrega al hombre de la posibilidad de realizar valoraciones, retirarlas, y volver a valorar, movimiento en el cual lo valorado puede aparecer y retirarse.

Según lo planteado por Cristóbal Holzapfel en su libro “Aventura ética: hacia una ética originaria” (2000) La delimitación de una ética negativa puede realizarse rastreando sus posibles expresiones históricas en diversos sistemas filosóficos. Ya en el estoicismo, aparece la idea de un flujo adiafórico, indiferente a nuestra conciencia valorante, y el concomitante desafío de suspender el juicio. Luego en Spinoza se observa un empuje al retiro de las valoraciones, en tanto estas están relegadas al limitado dominio de lo humano, y desde esa limitación pretendemos aprehender lo que se escapa, lo divino. En Nietzsche hay una propuesta de desvalorización, lo que lleva implícita la concepción de que es el propio hombre quien instaura los valores a través de valoraciones. Mientras que en Heidegger asistimos a la propuesta de un pensar a-valórico, en tanto los valores no dejan ser al ser. Valorar degrada lo valorado, y el ser cae en una entificación si intentamos valorarlo. La suspensión del juicio es una vía para instaurar el vínculo perdido con el ser, y desde ahí permitir la posibilidad de ser-si-mismo.

Considerando estos precedentes, la idea de una actitud fenomenológica, como un modo de ser en el mundo que permite que las cosas se muestren por sí mismas, parece ser un primer paso en la dirección de delimitar mi acción. La ética negativa requiere de una actitud fenomenológica, para desde ahí retomar un vínculo con el ser de lo valorado. Aquí se ve además, como la ética negativa se sitúa en una posición moderada respecto de sus antecedentes históricos, ya que es un complemento de la ética afirmativa, en tanto el mismo hecho de buscar una disposición al retiro implica una valoración de ella como algo deseable.

No cabe duda que pensar en una ética negativa permite, antes que nada, representarnos el ser, el devenir, como un continuo, ni bueno ni malo, indiferente a nuestras valoraciones, sobre el cual, sin embargo, las hacemos caer. Entonces la ética negativa, como una disposición al retiro de las valoraciones aparece como un modo de ser en el mundo que nos relanza constantemente al ejercicio de valorar, sin propiciar el adherirnos a valoraciones fijas y estables. Ahora bien, esto implica asumir que el hecho de valorar es inseparable de lo humano, ya que aún disponiendo de una ética negativa, ésta se articula en función de una ética afirmativa. Aquí radica entonces la pregunta que motiva este breve ensayo, y que ha requerido de este rodeo previo para poder instalarse, a saber, ¿qué hace que las valoraciones sean insoslayables, sólo retirables, pero jamás irrealizables? ¿Qué mecanismo determina este actuar, de manera que aparece como una máxima universal de la cual, el hombre en tanto humano no puede escapar?

Si estamos conminados a realizar valoraciones, aún después de retirar nuestras valoraciones previas, implica que esa función de valoración cumple un rol dentro del funcionamiento del individuo y la especie a la cual pertenece. El hecho de que sea imposible pensar una excepción a este juego de valoraciones, también nos lleva a hipotetizar que este rol es universal y que ocupa una función en cada sujeto humano. Se puede establecer un vínculo entre esta imposibilidad de no valorar y los mecanismos físicos y psíquicos que regulan el actuar humano. Aquí, la noción de afecto aparece como el vector que puede unir la acción voluntaria y consciente del hombre de valorar algo, con el mecanismo afectivo que está a la base de este ejercicio.

En este punto en el que intentamos situar el valorar como una función dentro de la vida anímica, nos ayudará tomar un par de conceptos de Freud. Para él, el afecto es la expresión

cualitativa de la cantidad de energía pulsional, es por así decirlo, la percepción subjetiva de un estado concomitante a un movimiento de energía cuantitativo. Afecto designa a todo estado del sujeto que puede adoptar diversas cualidades, de las cuales la tensión básica es la de lo agradable-desagradable. Esta tensión está íntimamente ligada con los dos principios rectores de toda la actividad psíquica para Freud. Ellos son el principio del placer y el principio de realidad. Según el primero, la actividad psíquica tiene por finalidad evitar el displacer y procurar el placer. Aquí placer es entendido como disminución de las cantidades de excitación. En tanto, el principio de realidad complementa al del placer ya que toma su posta y comienza a buscar la satisfacción ya no por los caminos más cortos, sino que aplazando su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

Los conceptos de afecto y el par principio del placer-principio de realidad, viene a iluminar aquello que la pregunta de este ensayo intenta formular: ¿qué mecanismo empuja al hecho de valorar, de manera que es imposible pensar lo humano sin ello? A mi entender, el valorar es una función de lo humano que está sustentada en la obediencia a los principios rectores de nuestra actividad psíquica. De algún modo, el hecho de valorar obedece al principio del placer-realidad.

Una hipotética aproximación al flujo adiafórico con suspensión total del juicio, o un pensar a-valórico aplicado en toda su radicalidad atentarían contra la viabilidad de la vida anímica. Esto porque la valoración tiene un efecto de deslinde con el continuo, sin deslinde existiría la inminencia de una fusión con el continuo. La ausencia de valoración y de deslinde sería señalada en el aparato anímico como una angustia deslocalizante, es decir, tomando la forma de un afecto que está sancionado por el principio del placer, en tanto constituiría un aumento excesivo de excitación, y por el principio de realidad, en tanto no habría posibilidad de acomodo con el mundo exterior, en tanto lo exterior ya lo es todo.

Si bien éste es un ejemplo hipotético en el cual se extrema el asunto, de ahí podemos conjeturar que el afecto juega un rol en cada valoración que realizamos sobre el continuo. El afecto viene a ser una señal inseparable de nuestra valoración, e indica que nuestros actos de valorar siempre tienen una valencia, la cual motiva el hecho de valorar pero a la vez orienta la dirección en que seguiremos valorando.

El mecanismo mediante el cual el afecto aparece como señal de una valoración, es por definición intersubjetivo. El afecto experimentado en uno, sólo se completa una vez que ha sido sancionado de alguna forma por el otro. Estos nos sitúa de lleno en el ámbito de la comunicación humana. Comunicar es antes que nada, actuar, proponer modos de relación y vínculo al otro, en espera a la respuesta que el otro dé. Es el otro quien completa mi mensaje al responderlo. Es por ello que las acciones comunicativas son a su vez valoraciones, ya que deslindan al uno del otro, pero a la vez vinculan lo uno y lo otro.

Ahora bien, este mecanismo afectivo que garantiza las valoraciones y las acompaña, junto con deslindar del otro permite la vinculación al otro, y en ese movimiento genera un placer o un displacer cuya percepción cualitativa toma la forma de un afecto. Esta experiencia afectiva es también un indicador de la acción, y por tanto es parte de la dimensión ética. Aquí se abre una discusión interesante, en tanto Freud postula el principio del placer como un mecanismo individual que es tributario de la especie en su conjunto, es decir, tiene una función adaptativa y permite la sobrevivencia. Incorporando la dimensión afectiva al

análisis, podemos ligar lo ético a la supervivencia de la especie, como una función que entrama la acción individual con la acción colectiva.

El lugar de los afectos en la ética, viene a situar justamente a esta última en el contexto de la relación entre vida y muerte en la cual se entrama lo humano. La principal función de lo afectivo es orientarnos respecto de aquello que nos pone en riesgo de muerte, y aquello que nos da vida, tanto a nivel individual como a nivel de especie. El valorar se inscribiría en esa lógica o tensión, de manera que podemos ahora ver las valencias de nuestras valoraciones ligadas a un empuje hacia la muerte o un empuje hacia la vida.

Será entonces lo afectivo un indicador en nuestras elecciones. Ellas no son meras decisiones racionales, sino que incorporan su valencia afectiva. Y tal como el par principio del placer- principio de realidad, nuestras valoraciones no parten desde la nada sino que también tienen una función para la vida anímica individual y para la preservación de la vida colectiva.

Tal como se esbozó al inicio, el hombre está llamado a ser sí mismo, y este llamado se da en el contexto de que vivimos en camino a la muerte. Esta relación vida-muerte es lo que en Marco Aurelio da forma a su concepción sobre el Memento Mori: “Recuerda que has de morir”, como una constante preparación hacia la muerte. Esto nos obliga a rescatarnos y de algún modo, hacer algo con nosotros mismos en este trayecto. Es aquí donde el imperativo Pindárico: ¡Llega a ser el que eres!, da forma a una verdad en la que está inmerso ese camino que trazamos a lo largo de la vida. En cierto sentido, cada cual está llamado a un transcurrir que lo reafirme y salvaguarde, permitiéndole lograrse y construirse constantemente.

Estos dos aforismos apuntan a que ya que has sido traído a la vida y que desde el inicio vas al encuentro de la muerte, estás obligado a trazar un sendero, en el cual lo que está en juego eres tú. Considero que ese trayecto tiene la marca del placer y el displacer que da forma a lo afectivo como un componente central en la acción, e inseparable de lo ético. La acción humana sólo puede ser concebida como social, interpelando al menos a dos sujetos. Será el vínculo, con lo afectivo y lo intelectual fundidos, lo que sitúa al hombre y su especie frente al desafío de vivir hacia un morir.

En un próximo ensayo intentaré, a partir de lo planteado aquí, situar el fenómeno del humor, justamente como un movimiento afectivo en el cual se pone en práctica una ética negativa y se juega con el hecho mismo de valorar las cosas de una forma u otra. Intentaré mostrar cómo el humor responde a esta búsqueda de placer del uno en el otro, erigiéndose como un juego que sitúa lo humano en torno a la muerte, inseparable de una dimensión ética.

Bibliografía

Freud, S. (1905) *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004

Freud, S. (1920) *Más Allá del Principio del Placer*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004

Gianinni, H. (2011) Cátedra de Ética y Psicología. Doctorado de Psicología de la Universidad de Chile

Holzapel, C. (2000) *Aventura ética: hacia una ética originaria*. Santiago: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile

Ricoeur, P. (1996) *Si mismo como otro*. México: Siglo XXI Editores